

promulgar que los buenos estaban sólo en un lado".

Con gran perspicacia, el autor de este libro destaca cómo la confrontación civil exigió valentía o cobardía, reivindicaciones o renunciadas, proclamas o silencios, verdades o fingimientos; también cómo se extendió el entusiasmo sectario de una serie de personajes de escasos escrúpulos que aprovecharon el conflicto para eliminar rivales o simplemente medrar en función de lo más conveniente en cada momento. Por ejemplo, se nos cuenta la mala relación existente entre Rafael Alberti y Miguel Hernández, que no se dirigieron la palabra durante la Guerra a pesar de compartir la misma ideología. Indica, tras defender que "la vida de Hernández expresa lo que es el desinterés, el equilibrio, la nobleza de una persona que lo entrega todo por una causa", que el poeta gaditano representó "todo lo contrario".

No obstante, en el conjunto de altercados desarrollados entre los intelectuales españoles durante la contienda, uno de los más llamativos fue el protagonizado por Miguel de Unamuno – inicialmente complaciente con el bando franquista- ante Millán Astray, cuando el entonces rector de la Universidad de Salamanca tuvo que salir de un acto escoltado por la esposa de Franco, Carmen Polo, y por José M<sup>a</sup> Pemán tras proferir ante los falangistas y legionarios congregados en el Paraninfo de su Universidad la muy célebre frase: "Venceréis, pero no convenceréis".

A pesar de la radicalización de las posiciones, Trapiello asegura que durante la guerra la mayor parte de los escritores, en el hipotético caso de haber podido elegir, "habrían optado por la tercera España". Es decir, la que representaba "la República, donde habrían cabido personas de izquierda, derecha o centro".

Uno de los mitos que *Las armas y las letras* intenta romper es la idea de que los literatos republicanos eran mucho mejores que los franquistas. Según el autor puede encontrarse semejante calidad en ambos bandos si se tiene en cuenta que en uno estuvieron Lorca, Antonio Machado o Cernuda, y en el otro Ortega y Gasset, Azorín o Gómez de la Serna.

Esta obra no es plenamente un libro de historia ni un ensayo de literatura. Se mueve en un territorio ambiguo que hace, a mi juicio, más rica y satisfactoria su lectura. Desde el punto de

vista historiográfico la conclusión a la que se llega no es realmente novedosa pero se muestra bajo nuevas luces: la guerra civil fue iniciada por un golpe militar contra la República pero alimentada por una radicalización ideológica de los extremos, tanto en la actividad política como en la propia sociedad. No pocos literatos contribuyeron al aumento del fanatismo y a la destrucción del espacio vital de una tercera España: la de la tolerancia, la reflexión y la serenidad.

El lector no se mostrará, sin duda, indiferente ante una obra útil para profundizar en el panorama literario de 1936-1939. Como decíamos en líneas precedentes, Trapiello ha cuidado el no mostrarse abiertamente partidista, tampoco el eludir episodios oscuros y poco legítimos de escritores muy venerados que, seguro, le ha generado más de una acalorada crítica.

Este libro es ya es un referente en la bibliografía sobre la historia y la cultura española del siglo XX. Sus páginas contienen lo mejor y lo peor de lo que es capaz el ser humano. Su lectura nos adentra en episodios a veces sobrecogedores, otras emocionantes, casi siempre reveladores del tipo de infierno al que conduce la guerra, de la mezquindad que nace del miedo, el personalismo, el afán de notoriedad o el oportunismo. Aunque también de cómo en ese panorama devastador surge el valor, la integridad, la lealtad y la generosidad.

En definitiva, el autor nos regala un libro de valiosa factura, edificado sobre los sólidos cimientos de una elevada erudición. Una obra, por tanto, de muy recomendable lectura para aquellos que tengan la aspiración de conocer un poco mejor la sociedad española, en definitiva, actor principal de este drama colectivo sobre el que parece aún no ha caído del todo el telón.

**Wallerstein, Immanuel, *Las incertidumbres del saber*. Barcelona, Gedisa, 2005, 180 pp.**

Por Iván López Cabello  
(Universidad de París-Nanterre, France)

Bajo el título *Las incertidumbres del saber*, se recogen once artículos publicados entre 1996 y 2003 por Immanuel Wallerstein, autor considerado hoy como uno de los más relevantes científicos sociales. La compilación ofrece una serie de reflexiones que analizan, desde diferentes ángulos, la crisis del conocimiento

que atraviesa el pensamiento intelectual en la actualidad.

El libro está dedicado a la memoria de Ilya Prigogine (premio Nobel de química en 1977) y el título hace referencia directa a uno de sus últimos libros, *La fin des certitudes* (1995. París: Odile Jacob; trad. esp. 1996. *El fin de las certidumbres*, Madrid: Taurus). Dicho libro describe la perturbación epistemológica que caracteriza el pensamiento de numerosos científicos, que consideran que la base metafísica de la física moderna (el determinismo, las evoluciones lineares, la reversibilidad del tiempo) ha seguido un camino equivocado. Centran de este modo sus análisis en la denominada flecha de la historia, cuyo camino tiene bifurcaciones sucesivas y es intrínsecamente imposible de prever, lo que indica el predominio de las incertidumbres en el universo. Partiendo de estas consideraciones, Wallerstein desarrolla un análisis crítico de las bases epistemológicas de las ciencias sociales desde sus orígenes, ofreciendo nuevas perspectivas que intentan explorar los parámetros de un sistema de saber que tenga como piedra angular la incertidumbre. El conocimiento de las limitaciones de la ciencia, permitiría así construir concepciones aproximativas y nunca deterministas de la realidad, que sirvan como herramientas heurísticas para analizar las alternativas históricas que ofrece el presente.

Los artículos han sido clasificados en dos grandes apartados que se refieren, por un lado, a las estructuras del saber y, por otro, a los dilemas disciplinares. En el primero de ellos se incluyen artículos que analizan la situación actual de la ciencia, sometida durante las dos últimas décadas a los mismos juicios críticos culturales que sufrieron en su día la teología, la filosofía o la sabiduría popular. Frente a la imagen imperante que identificaba elogiosamente ciencia y modernidad, han surgido acusaciones diversas que resaltan el carácter ideológico y subjetivo de la ciencia y su escasa fiabilidad. Como reacción a este tipo de críticas, basadas fundamentalmente en el análisis del contexto social en el que se desarrolla la actividad científica, surgieron a su vez denuncias que criticaron el retorno del irracionalismo y el desastre del relativismo nihilista.

El análisis que realiza Wallerstein de esta situación cultural en la que nos encontramos,

tiene como base fundamental el análisis general de la coyuntura crítica del sistema-mundo contemporáneo que ha desarrollado a lo largo de su carrera. Considera, de este modo, que vivimos una lucha por el control de los recursos y de las instituciones de producción del saber, por eso centra su análisis en las premisas filosóficas de la actividad científica y en el contexto político de las estructuras del saber. En su opinión, las críticas escépticas de las últimas décadas han demostrado en realidad la debilidad de la lógica de lo que él entiende por «cientificismo»: la idea de una ciencia desinteresada y extra-social, cuyos enunciados de verdad no se apoyan en afirmaciones filosóficas más generales y que representa la única forma legítima del saber. En oposición a esa idea, Wallerstein defiende una ciencia basada en dos enunciados modestos pero fundamentales: el primero sería la existencia de un mundo real que trasciende nuestra percepción y que no es producto de nuestra imaginación; el segundo sería la posibilidad de conocer parcialmente ese mundo a través de métodos empíricos y de resumir dichos conocimientos en teorizaciones heurísticas. Abanderando el lema «a favor de la ciencia, en contra del científicismo», Wallerstein aboga por descartar la imagen del científico neutral e insiste en la necesidad de incorporar el pensamiento utópico en las ciencias sociales.

Este nuevo modelo de ciencia que reivindica Wallerstein tiene su fundamento en el análisis que realiza de la construcción histórica, de los desafíos actuales y de las posibles alternativas futuras de las ciencias sociales. Desde una perspectiva general, las ciencias sociales se estudian a partir de la evolución de las estructuras del saber del mundo moderno en las que se insertan y, de modo más particular, de la evolución del sistema universitario mundial que, en gran medida, representa el marco institucional en el que se ubican también. La construcción histórica de las ciencias sociales se desarrolló en el tenso marco creado por la existencia de «dos culturas» que supondrían el rasgo que caracteriza las estructuras del saber del sistema-mundo moderno. El «divorcio» entre la ciencia y la filosofía producido entre 1750 y 1850, provocaría la reorganización del sistema universitario, que sobrevivió gracias a la incorporación a la facultad de filosofía de una serie de especializaciones de las que surgieron las actuales disciplinas. Las ciencias sociales se institucionalizaron a finales del siglo XIX, a la sombra del predominio cultural que fue

adquiriendo la ciencia newtoniana en ese contexto. Integraron en su seno el discurso de las «dos culturas» que se reflejaría en la disputa metodológica que confrontó a la corriente epistemológica nomotética con la idiográfica. La «disciplinización» de las ciencias sociales y su división (economía, políticas, sociología, historia, antropología y estudios orientales) se hizo evidente hacia 1945 y empezó a desintegrarse a partir de entonces por diversos motivos. La diseminación del sistema universitario por todo el mundo y la inclusión académica, en la década de los setenta, de minorías antes ignoradas, terminarían por provocar el cruce de fronteras disciplinares y el desdibujamiento de sus límites.

Actualmente la división del saber en ciencias naturales, humanidades y ciencias sociales es objeto de críticas por movimientos como las denominadas «ciencias de la complejidad» y los «estudios culturales». Ambos movimientos coinciden en su crítica a la forma de ciencia basada en la mecánica newtoniana, lo que ha permitido abrir el campo del saber a nuevas posibilidades vedadas por el divorcio entre ciencia y filosofía. En el ámbito de las ciencias sociales, supone la confirmación de que el mundo social es en sí un área incierta y cuestiona la validez de los límites disciplinares. Supone también el primer cuestionamiento real en dos siglos de la legitimidad de la división epistemológica entre las «dos culturas» y de la triple partición del saber en ciencias naturales, humanidades y ciencias sociales.

La importancia de las cuestiones tratadas en esta serie de ensayos, no puede ser mayor en un momento de cambios trascendentales en el mundo del saber como es el actual. La traducción que presentamos es por lo tanto fundamental para la difusión en España que merece la obra de Wallerstein, aunque es de lamentar una publicación tan descuidada, en la que abundan errores de todo tipo.

**Zaratiegui, Jesús M., *Una Europa para dos Españas. Primeros pasos hacia la integración (1957-1963)*. Navarra, Ediciones de la Universidad de Navarra, S. A. (EUNSA), 2010, 433 pp.**

Por Francisco de Paula Villatoro Sánchez  
(Universidad de Cádiz)

El proceso de construcción europea es probablemente uno de los fenómenos históricos

más apasionantes de los desarrollados en la segunda mitad del siglo XX y de los que más expectación ha despertado entre especialistas de muy diversas disciplinas. En este sentido, el largo proceso de construcción de la Unión Europea, con sus avances y retrocesos, ha sido objeto de estudio muy principal por parte de historiadores, especialistas en Derecho, sociólogos y politólogos. También desde España se han desarrollado importantísimas aportaciones en este sentido, especialmente a partir de la década de los noventa, con interesantes investigaciones desde el punto de vista de la Historia y del Derecho.

En el caso español, este proceso de integración europea resulta, si cabe, mucho más atractivo para el estudioso y para buena parte de la sociedad si consideramos la gran cantidad de transformaciones que acarreo este proceso para nuestro país. Así, en plena transición política, la integración de España en Europa en 1986 fue para muchos la culminación de una homologación, política y económica fundamentalmente, con el resto de los países de nuestro entorno que permitía resarcirnos de los complejos de nuestra historia reciente.

Este proceso de transformación desarrollado en nuestro país durante los años setenta y ochenta no sólo no encontraría su cúspide con la integración de España en las estructuras comunitarias, sino que se acrecentaría enormemente a partir de 1986 con el desarrollo de las distintas políticas comunitarias y la plena integración económica de nuestro país durante la década de los noventa. Puede decirse, en este sentido, que la transformación política y económica de nuestro país, la social comenzó antes, se inicia con la Transición política y alcanza su mayor empuje con la integración de nuestro país en Europa.

Esta importancia capital del proceso de integración europea en la Historia más inmediata de nuestro país justifica en gran medida la dedicación que numerosos especialistas han desarrollado hacia esta dinámica, especialmente en relación con las distintas ampliaciones o con la significación de procesos vinculados al desarrollo del Acta Única Europea, el Tratado de Maastricht o el Tratado de Ámsterdam. Faltaban, no obstante, estudios más pormenorizados acerca del camino que desde la Guerra Civil acabo llevando a nuestro país a desembocar en este proceso de convergencia.